

Notas de la académica Carme Riera el 9.3.2015 en el salón de actos de la Real Academia Española, con motivo de la sesión de «Cómicos de la Lengua», dedicada a *La Regenta* de Leopoldo Alas «Clarín».

Primera intervención

La Regenta es la primera novela y sin duda la mejor de su autor, el catedrático, articulista, crítico literario y cuentista reconocido, Leopoldo García Alas que, desde que comenzó a escribir en la revista satírica *El Solfeo* en 1875, firmó sus escritos con el seudónimo de «Clarín». Pese a haber nacido en Zamora en 1852, de donde su padre había sido nombrado gobernador civil, y pasar la infancia fuera de la tierra de los suyos, D. Leopoldo se sintió siempre asturiano. Cuando él contaba trece años su familia regresó a Oviedo, donde acabó el bachillerato y se licenció en Derecho. A Oviedo habría de volver, tras sus estancias, primero en Madrid, donde cursa el doctorado y colabora en diversas publicaciones satíricas, y más tarde en Zaragoza, donde obtiene una cátedra. Finalmente, consigue trasladar esa cátedra a Oviedo e instalarse definitivamente allí.

Su ciudad tendrá una gran importancia en su vida y en su obra, de tal manera que para algunos no es Ana Ozores, la protagonista de su novela, sino Oviedo, enmascarado tras el nombre de Vetusta, ya que supone bastante más que ser el espacio primordial en el que transcurre la acción. Constituye un amplio friso poblado por un sin fin de personajes de todas las clases sociales. Desde el inicio ese protagonismo de la ciudad queda patente, igual que la ironía del autor, unas veces perentoria, otras más soterrada, cuya novela comienza con estas palabras: «La heroica ciudad dormía la siesta», frase que muestra ya de entrada a Vetusta en actitud poco apropiada para su condición heroica.

La Regenta, según asegura el propio Alas, fue escrita en un lapso de tiempo relativamente breve, empezada en otoño de 1883 y terminada en la primavera de 1885, pero pensada y estructurada en la cabeza durante largos años, tal vez mientras escribía artículos sobre el quehacer de otros novelistas o reflexionaba sobre el género novelístico en textos tan importantes como *Del estilo en la novela* (1882) o *Del*

naturalismo (1883). No cabe duda de que el bagaje teórico sobre el arte de novelar y la defensa del naturalismo, que consideraba la corriente más idónea para renovar la cultura española del momento, le fueron muy útiles a la hora de escribir *La Regenta*, además, claro está, de la lectura de los grandes novelistas europeos, Zola, Flaubert o Eça de Queiroz, con los que se advierten concomitancias diversas. Cuando Alas terminó *La Regenta* fue consciente de haber dado a luz una obra de arte pese a contar tan solo treinta y tres años y considerar que una buena novela suele ser obra de madurez.

Las primeras noticias que nos han llegado sobre la composición de *La Regenta* proceden de la correspondencia de Alas. En una carta a Galdós que no lleva fecha, pero que ha sido datada entre abril y julio de 1884 leemos:

No sé si usted sabe que yo también me he metido a escribir una novela, vendida ya (aunque no cobrada) a Cortezo, de Barcelona. Si no fuera por el contrato, me volvería atrás y no la publicaba: se llama *La Regenta* y tiene dos tomos —por exigencias editoriales—. Creo que empieza demasiada gente a escribir y al pensar, de repente, que yo también voy a prevaricar me dan escalofríos [...] No me reconozco más condiciones que un poco de juicio y alguna observación para cierta clase de fenómenos sociales y psicológicos, algún que otro rasgo pasable en lo cómico, un poco de escrúpulo en la gramática... y nada más. Me veo pesado, frío, desabrido... y en fin ha sido una tontería meterme a escribir novelas.

La carta a Galdós resulta interesante por diversos motivos ya que permite que nos enteremos, en primer lugar, de que fue el editor Cortezo el que impidió que *La Regenta* apareciera en un solo volumen, como suele imprimirse ahora, ya que dos volúmenes resultaban más rentables. En segundo lugar, pone en evidencia las dudas de Alas sobre la valía de su novela, a modo de *captatio benevolentiae* ante Galdós, al que considera el primer novelista español. A la vez da cuenta de las características positivas de su faceta de escritor de ficción: juicio y observación de fenómenos sociales y psicológicos, cierta comicidad, eso es sentido del humor basado en la ironía y corrección gramatical... Todos esos rasgos se dan sin duda en *La Regenta* que es, en efecto, una novela realista o naturalista, como fue clasificada por sus contemporáneos

y por algunos críticos, aunque por el uso del monólogo interior y por el estilo indirecto libre, va más allá de las corrientes realistas.

Sin embargo, también podría ser considerada psicológica, en especial por el tratamiento del personaje de Ana Ozores, cuyo tono a menudo irónico no rehúye lo caricaturesco —pensemos en el personaje de Víctor Quintanar— y escrita sí, con corrección gramatical.

La Regenta por la que Alas cobró 11 000 reales, una cantidad que siempre le pareció escasa, apareció en Barcelona en el verano de 1884 la primera parte y en la primavera de 1885, la segunda, en la Biblioteca Arte y Letras, con ilustraciones de Juan Llimona, y no fue bien recibida, aunque sí elogiada en privado por los más importantes escritores del momento, como consta en cartas de Galdós, Pereda, Valera y Menéndez Pelayo. Luis Bonafoux le acusó de haber copiado a Flaubert en un texto muy polémico, «Yo y el plagiarío Clarín», y el obispo de Oviedo, del que acabaría por ser amigo, publicó una pastoral condenando el libro. El escándalo estaba servido.

La Regenta no se reeditó hasta 1901, el mismo año de la muerte de Clarín, con prólogo de Galdós, que D. Leopoldo le había pedido en octubre de 1899. Consta que en 1900 el editor Fernando Fe tenía el libro ya compuesto, pero el prólogo no llegaba y no podía editarse. De ahí que Clarín escribiera a Galdós en las Navidades de 1900 esta divertida nota: «Felices Pascuas. Salud y prólogo. Fe desesperado, es decir Fe sin esperanza. Vd. sin caridad. Cinco cuartillas tiene Fe del prólogo. Dé usted las demás! Por Dios, don Benito: por Dios y por la Diosa Razón».

Por fin Galdós entregó el prólogo, en el que con palabras de elogio sincero hace justicia a *La Regenta*. Sin embargo, tras la muerte de Clarín, *La Regenta* caería en el olvido. Es cierto que se reeditó en 1908, pero hasta 1949 no volvió a imprimirse y esta vez en Buenos Aires. El régimen franquista vería con sus peores ojos, pacatos y clericales, la novela. Con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Alas en 1952, Torcuato Fernández Miranda calificaba la obra de Alas «de disolvente de valores esenciales de ese modo de ser que es ser español», y en cierto modo no andaba desencaminado. Para algunos los valores esenciales de ser español se cifraban en un machismo redomado y en un tradicionalismo casticista de lo más casposo, aspectos que Alas denuncia y ridiculiza en su novela. En los fragmentos escogidos por José Luis Gómez, centrados en uno de los elementos clave del texto: el adulterio de Ana Ozores,

queda clara que la insatisfacción sexual de la Regenta, es consecuencia de la impotencia de su marido, el ridículo Quintanar. Y esa impotencia no casaba con el estereotipo del macho español, grato, por descontado al franquismo, que en cierto modo había interiorizado la máxima «no hay hombres impotentes y sí, mujeres frías».

La literatura oficial de la posguerra olvidó pues a Clarín y a su obra maestra. Solo a partir de la edición de Alianza de 1966 fue de nuevo asequible para el público, entró a formar parte del canon, fue estudiada por la crítica tanto nacional como extranjera y leída desde distintos presupuestos, marxistas, estructuralistas, comparatistas o feministas. Pero veamos, antes de que yo siga contextualizando la novela la interpretación de unos fragmentos por ese gran actor que es Emilio Gutiérrez Caba.

Segunda intervención

Hemos podido evocar a la Regenta en su habitación sola, primero rezando, luego leyendo un devocionario y poco después hemos podido imaginarla ligera de ropa sobre la piel de tigre. Alas ha destacado dos aspectos que funcionaban en la sociedad de su tiempo como reclamo erótico: la cabellera —de ahí que a las mujeres musulmanas y a las judías ortodoxas se les imponga ir todavía hoy con la cabeza cubierta— y los pies desnudos. Ana Ozores es una mujer atractivísima e insatisfecha, con apetencias sexuales, como cualquier hijo de vecino, algo que la sociedad de la época consideraba inaceptable, pese a que la maldición bíblica había advertido a Eva y a sus descendientes femeninas: «la pasión te dominará» tras «el parirás con dolor». Pero para la hipócrita sociedad de la Restauración las mujeres decentes, como Ana Ozores, no tenían necesidades sexuales. Clarín demuestra lo contrario y concede al sexo una importancia primordial, tanto es así que un crítico tan inteligente y perspicaz como Gonzalo Sobejano ha advertido del papel de la lujuria en la novela. Aunque yo no me atrevería a tanto, considero que Clarín tiene en cuenta muy intencionadamente la importancia del instinto sexual, algo que en la época ñoña en la que le tocó vivir trataba de ocultar. Sin duda nuestro autor hubiera estado de acuerdo en que «Los misterios del amor son del alma/ Pero un cuerpo es el libro en que se leen», como escribe el poeta John Donne, en traducción de Gil de Biedma.

Creo que es un gran acierto de Clarín mostrar que el misticismo de Ana, sus nervios a flor de piel, sus arrebatos de lágrimas, eso que algunos diagnosticaron después como histeria, tenía una causa concreta: un marido que no cumplía, un marido que se comportaba como padre, un marido que por esa terrible ironía trágica, acabaría por tener que interpretar de verdad el papel de marido ultrajado de las comedias calderonianas, que de manera tan patéticamente ridícula declamaba, como acabamos de ver, gracias al recurso de anticipación utilizado por el autor.

El abandono de los deberes conyugales por parte de Quintanar impide que Ana tenga hijos. Un hijo en quien depositar su amor, probablemente, la hubiera salvado del adulterio. Ana Ozores, que no había conocido a su madre —de ahí que exclame: «Ni madre ni hijos»—, y que fue educada por un aya odiosa primero y por unas tías beatas después, se sintió desde pequeña falta de la más elemental ternura, falta de amor. Necesitada de él, como Enma Bovary o su tocaya Anna Karenina a las que tanto se parece. Precisamente para las tres el amor constituye, como para tantas otras mujeres, su opio particular. Y en la búsqueda de ese amor total cifran las tres heroínas decimonónicas su único camino y su única felicidad.

Ana Ozores, la bellísima Ana, que de jovencita escribía versos, algo que la sociedad vetustense rechazaba de plano, pues casi nada se consideraba peor que ser una mujer literata, y cuya única posibilidad de subsistencia, al ser pobre, era casarse, no solo enamoró a don Álvaro, el seductor oficial, el guapo jefe del Partido Liberal Dinástico vetustense, sino también al magistral a don Fermín de Pas, también guapo pero sacerdote, cuyo ministerio le prohibía cualquier acercamiento físico a su hija de confesión, a la que tratará de seducir mediante la vía espiritual, llamándola hermana del alma. Ana Ozores, al enamorarse de don Álvaro, no solo traiciona a su marido sino también al magistral, que se sentirá ultrajado y, cuando Ana vaya en el último capítulo de la novela a buscar su perdón acudiendo al confesonario, de Pas la rechazará ostensiblemente e incluso «extenderá un brazo de asesino» hacia ella, aunque no consumará su deseo de acabar con Ana, algo que, a mi entender, hubiera fastidiado el final de la obra. La condena de la Regenta es peor que la muerte por mano ajena o por propia mano, recordemos que Bovary se envenena y Karenina se tira al tren.

La regenta, después de que su marido muera en el duelo y don Álvaro huya como el cobarde que es, se queda sola. Sola, desengañada, enfrentada a la sociedad vetustense

que la desprecia, porque ya es una cualquiera, arrastrará su culpa y su desengaño hasta el fin de sus días. Porque ¿qué otra posibilidad tiene? ¿Qué otra vida le espera? El final abierto es otro acierto de Clarín, se trata de un final tristísimo, que algún otro autor, me refiero a Ramón Tamames, ha continuado en otra ficción: *La segunda vida de Anita Ozores*, aparecida el año 2000.

Tal vez *La Regenta*, como sugiere Vargas Llosa, pueda, en efecto, ser considerada la mejor novela española de todos los tiempos después del *Quijote*... Igual que el libro cervantino plantea la escisión entre la realidad y el deseo, la realidad y la imaginación. La acción morosa de los primeros capítulos más descriptivos que narrativos y que le sirven para presentar a los personajes, contrasta con los últimos en que lo dinámico prevalece sobre lo estático. La acción se desarrolla durante tres años en los que se nos permite asistir a la comedia de Vetusta y al drama de la regenta. Mientras nos preguntamos si Ana se conformará con su vida frustrada, con el platonismo amoroso que le ofrece otro personaje desgraciado, Fermín de Pas, castrado por los hábitos que ha tenido que aceptar para poder ser alguien o si caerá en brazos del seductor Mesía, vemos desfilar por la ciudad a una infinidad de personajes: los integrantes de la aristocracia, apegados a sus tics de clase, el estamento eclesiástico, hasta el proletariado al que pertenecen los criados o los mineros, que también nos lleva a observar cuando nos pone en antecedentes de los orígenes del magistral. El paso de las estaciones, las fiestas, Navidad, todos los Santos, Semana Santa, que Alas describe pormenorizadamente, ayudan a completar la crónica de una Vetusta dominada por la hipocresía —no deja de ser curioso el uso de la palabra *pseudo*— la mezquindad y los convencionalismos. Hay sin duda en Clarín un propósito moralizante, que también aparece en sus cuentos, aunque su propuesta vaya más allá. Leopoldo Alas cree en la función educadora del arte y considera que la novela es antes que nada el género de la libertad.

Carme Riera